

sirvió miel del Himeto; pero su sabor de droga me disgustó; la de Chamouny me parece muy preferible. Mas adelante comí en Kirgagach, cerca de Pérgamo en la Anatolia, una miel aun mas agradable, blanca como el algodón de que las abejas la recogen, y que tiene la firmeza y la consistencia de la pasta de malvasisco. M. Fauvel se reía al ver los visajes que me obligaban á hacer el vino y la miel del Atica, pues los había adivinado. Como era preciso que me indemnizase con algun objeto curioso, me hizo observar el traje de la mujer que nos servia; traje enteramente igual al que usaban las antiguas griegas, sobre todo en los pliegues horizontales y ondulosos que se formaban sobre el pecho, y se unían á los pliegues perpendiculares que señalaban el borde de la túnica. El tejido grosero de que aquella mujer estaba vestida, contribuía mas á la semejanza; porque, á juzgar por la estatuaria, las telas entre los antiguos eran mas tupidas que las nuestras. Imposible sería formar los movimientos anchos de los ropajes antiguos con las muselinas y los géneros de seda de las mujeres modernas; la gasa de Ceos y los demás velos que los autores satíricos llamaban *nubes*, nunca eran imitadas por el cínico.

Durante nuestra comida, recibimos los cumplimientos de lo que en el Levante se llama *la nación*; esta se compone de los negociantes franceses ó dependientes de la Francia que habitan en las diferentes escalas. En Atenas no hay sino una ó dos casas de esta clase, que se ocupan en el comercio de los aceites. M. Roque me dispensó el honor de visitarme; tenía familia, y me invitó á que fuese á verla en compañía de M. Fauvel; luego se puso á hablar de la sociedad de Atenas: «Un extranjero establecido desde algun tiempo en esta ciudad, ha sentido ó inspirado una pasión que hace hablar al pueblo... Había misteriosas inteligencias hacia la casa de Sócrates y pláticas amorosas en los jardines de Focion... El arzobispo de Atenas no había regresado aun de Constantinopla. Ignorábase si se alcanzaria justicia del pachá de Negroponto, que amenazaba levantar un impuesto en Atenas. Para ponerse á cubierto de un golpe de mano, habíase reedificado la tapia del circuito; no obstante, podía esperarse todo del jefe de los eunucos negros, propietario de Atenas, que gozaba sin duda alguna cerca de su Alteza, mas favor que el pachá.» (¡Oh Solon! ¡Oh Temistocles! El jefe de los eunucos negros, propietario de Atenas, y todas las demás ciudades de la Grecia, enviando este señalado honor á los atenienses!) «... Por lo demás, Mr. Fauvel había procedido con acierto al despedir al fraile italiano que vivía en la linterna de Diógenes (uno de los mas hermosos monumentos de Atenas), y al llamar en su lugar á un capuchino francés, hombre de buenas costumbres, afable, instruido, y que recibía con cordialidad á los extranjeros que acostumbraban bajar al convento francés...» Hé aquí los negocios y los objetos de las conversaciones en Atenas; en esto se ve claramente que el mundo es igual en todas partes, y que un viajero entusiasta debe sentirse un tanto humillado, cuando encuentra, al llegar á la calle de los Trípodas, la misma chismografía de su pueblo.

Dos viajeros ingleses acababan de salir de Atenas cuando yo llegué; quedaba aun en ella un pintor ruso, que vivía muy retirado. Atenas es muy visitada por los aficionados á la antigüedad, porque está en el camino de Constantinopla, á donde se llega fácilmente por mar.

A las cuatro de la tarde había pasado el fuerte calor del día; entonces M. Fauvel hizo llamar á nuestros genizaros, y salimos precedidos de ellos; mi corazón palpaba de alegría, y experimentaba cierta vergüenza al verme tan joven. Mi guía me hizo reparar casi á su puerta los restos de un templo antiguo. Desde allí nos dirigimos á la derecha, y caminamos por unas calles angostas muy pobladas. Pasamos luego al bazar,

fresco y bien surtido de carne, caza, hortalizas y frutas. Todos saludaban á M. Fauvel, y querían saber quien era yo, pero nadie podía pronunciar mi apellido. Lo mismo ocurría en la antigua Atenas: *Athenienses autem omnes, dice San Lucas, ad nihil aliud vacabant nisi aut audire aliquid novi*; los turcos por su parte, decían: *¡Fransouse! ¡Effendi!* y fumaban en sus pipas: esto era lo mejor que podían hacer. Los griegos, al vernos pasar, levantaban sus brazos y gritaban en su idioma: «¡Bien venidos seáis, señores! ¡Buen viaje á las ruinas de Atenas!» Y mostraban un aspecto tan orgulloso como si nos hubiesen dicho: «Vais á la casa de Fidias ó de Ictino. Yo no tenía bastantes ojos para mirar, y creía ver antigüedades en todas partes. M. Fauvel me hacia reparar aquí y acullá trozos de escultura que servían de guardacantones, de paredes ó de pavimentos, y me decía cuántos piés, pulgadas ó líneas tenían aquellos trozos; á qué género de edificios pertenecían; lo que debe creerse acerca de ellos, según Pausanias; cuales habían sido en este particular las opiniones del abate Barthelemy, Espon Wheler y Chandler, y en qué puntos le parecían fundadas ó infundadas estas opiniones. Nos deteníamos á cada paso; y los genizaros y los muchachos del pueblo que iban delante de nosotros, se paraban donde quiera veían un molde, una cornisa ó un capitel, procurando leer en los ojos de M. Fauvel si eran de algun mérito; y cuando el cónsul movía la cabeza, ellos movían la suya, ó iban á colocarse cuatro pasos mas allá delante de otra ruina. Así fuimos conducidos hasta fuera del centro de la ciudad moderna, y llegamos á la parte occidental, que M. Fauvel quería hacerme visitar primero, para que procediésemos metódicamente en nuestras investigaciones.

Saliendo del centro de la moderna Atenas, y siguiendo la direccion del Poniente, las casas empiezan á alejarse unas de otras; se ven luego grandes espacios vacíos, unos encerrados dentro del muro, otros fuera de él; en estos espacios abandonados se halla el templo de Teseo, el Pnyx y el Areópago. No describiré el primero, pues todos los viajeros lo han descrito y se parece bastante al Parténon, y lo comprenderé en las reflexiones generales que en breve me tomaré la libertad de hacer á propósito de la arquitectura griega. Por lo demás, este templo es el monumento mejor conservado de Atenas; y despues de haber servido de iglesia, bajo la invocacion de San Jorge, sirve actualmente de almacén.

El Areópago estaba situado en una eminencia, al Occidente de la ciudadela. Concíbese con dificultad cómo se ha logrado construir sobre el peñasco donde se ven sus ruinas, un edificio de alguna estension. Un vallecillo llamado en la antigua Atenas *Celé* (el hueco) separa la colina del Areópago del Pnyx y de la colina de la ciudadela. En el Célé se mostraban los sepulcros de los dos Cimones, de Tucídides y de Herodoto. El Pnyx, donde los atenienses celebraban al principio sus asambleas públicas, es una esplanada practicada en un peñasco escarpado, al lado opuesto del Licabeto. Un muro, compuesto de piedras enormes sostiene esta esplanada hacia el Norte; al Mediodía se levanta una tribuna practicada en el peñasco, á la que se sube por cuatro escalones, igualmente cortados en la piedra. Hago esta advertencia porque los viajeros antiguos no han dado á conocer bien la forma del Pnyx. Lord Elgin hizo há pocos años desembarazar de escombros esta colina, y á él se debe el haber sido descubiertos los escalones. Como no se está allí enteramente en la cima del peñasco, no se descubre el mar sino subiendo sobre la tribuna; de este modo se impedía al pueblo la vista del Pireo, para que los oradores facciosos no le arrojasen á empresas temerarias, al aspecto de su poder y de sus naves (1).

(1) La historia varia acerca de este hecho. Otra version

Los atenienses estaban colocados en la esplanada, entre el muro circular que he indicado, al Norte, y la tribuna al Mediodía.

En aquella tribuna, pues, hicieron oír su voz Pericles, Alcibiades y Demóstenes; en ella hablaron Sócrates y Focion al pueblo mas ligero y espiritual de la tierra. ¡Allí se cometieron tantas injusticias, allí se pronunciaron tantos decretos inicuos ó crueles! ¡Aquel fue tal vez el lugar que vió desterrar á Aristides, triunfar á Melito, condenar á muerte á una ciudad entera, y entregar todo un pueblo á la esclavitud! Empero, allí tambien hicieron resonar muchos eminentes ciudadanos su generosa voz contra los tiranos de su patria, triunfando la justicia y haciéndose oír la verdad. «Hay un pueblo, decían los diputados de Corinto á los espartanos, que no se ocupa sino de novedades, rápido en concebir, pronto en ejecutar, pero cuya audacia es superior á su fuerza. En los peligros á que irreflexivamente se arroja, nunca pierde la esperanza; naturalmente inquieto, procura engrandecerse en lo posterior; vencedor, avanza y continua su victoria; vencido, no se desalienta. Para los atenienses, la vida no es una propiedad que les pertenece; ¡tanta es la facilidad con que la sacrifican á su país! Creen que se les ha defraudado una herencia legítima, siempre que no logran el objeto de sus deseos; así, pues, reemplazan un proyecto desconcertado con una nueva esperanza. No bien conciben un designio, lo realizan. Incesantemente ocupados del porvenir, el presente les huye: pueblo que no conoce el reposo y que no puede sufrirlo en los demás (1).»

¿Qué es de este pueblo? ¿Dónde hallarlo? Yo que traducía este pasaje, en medio de las ruinas de Atenas, veía los minaretes de los musulmanes y oía hablar á los cristianos. Dirijame á Jerusalém á buscar la respuesta á estas preguntas, y conocía ya de antemano las palabras del Oráculo: *Dominus mortificat et vivificat: deducit ad inferos et reducit.*

El día no había terminado aun; en vista de esto, pasamos del Pnyx á la colina del Museo. Sabido es que esta colina está coronada por el monumento de Filopappo, monumento de mal gusto; pero el difunto, que no el monumento, merece la atención del viajero. Ese oscuro Filopappo, cuyo sepulcro se divisa á tan larga distancia, vivía en tiempo de Trajano. Pausanias no se digna nombrarlo, y le llama un *sirio*. En el rótulo de su estatua se ve que era natural de Besa, pequeño pueblo del Atica. Pues bien: ese Filopappo se llamaba *Antioco Filopappo*, y era el legítimo heredero de la corona de Siria. Pompeyo había trasladado á Atenas los descendientes del rey Antioco, y habíanse convertido en meros ciudadanos. Ignoro si los atenienses, colmados de beneficios por Antioco, se compadecieron del infortunio de su destronada familia; pero parece que Filopappo fue á lo menos nombrado cónsul. La fortuna, al hacerle ciudadano de Atenas y cónsul de Roma, en una época en que estos dos títulos nada significaban ya, parecia querer mofarse aun de este monarca desheredado, consolándole de un sueño con otro, y demostrar en una sola cabeza que así se burla de la magestad de los pueblos, como de la de los reyes.

El sepulcro de Filopappo nos sirvió como de observatorio para meditar sobre otras vanidades. M. Fauvel me indicó los diferentes lugares por donde pasaban las murallas de la antigua ciudad, y me hizo ver las ruinas del teatro de Baco al pié de la ciudadela, el cauce seco del Iliso, la mar sin bajeles, y los abandonados puertos de Falerio, Muniquio y Pireo.

Era de noche cuando volvimos á entrar en Atenas; el cónsul hizo prevenir al gobernador de la ciudadela

dice que los tiranos fueron los que obligaron á los oradores á volver la espalda al Pireo.

(1) Tucíd. lib. 1.

que al otro día subiríamos á ella antes de salir el sol, y me retiré á mi aposento. Abrumado de cansancio, había ya algun tiempo que yacía entregado á un profundo sueño, cuando me vi despertado súbitamente por el tamboril y la gaita turca, cuyos ásperos sonidos salían de las cúspides de los Propiléos. Al mismo tiempo, un sacerdote turco se puso á cantar en árabe la hora pasada, á los cristianos de la ciudad de Minerva. Imposible me sería explicar la sensación que experimenté: aquel imán no necesitaba señalarme así el veloz trascurso de los años; pues solo su voz en aquellos lugares anunciaba harto claramente la dilatada serie de los siglos devorados por el tiempo.

Esta movilidad de las cosas humanas es tanto mas notable cuanto mayor contraste forma con la eterna inmovilidad de la naturaleza. Cual si esta se propusiese insultar la inestabilidad de las sociedades humanas, hace que los animales no sufran trastornos en sus imperios, ni mudanza en sus costumbres. He visto en la colina del Museo á las cigüeñas formarse en batallones, y emprender su vuelo al Africa (2). Despues de dos mil años, hacen hoy el mismo viaje, pues han permanecido tan libres y felices en la ciudad de Solon como en la del jefe de los eunucos negros. De lo alto de sus nidos, inaccesibles á las revoluciones, han visto á sus piés mudarse la raza humana; y mientras unas generaciones impías han surgido de los sepulcros de otras generaciones religiosas, la tierna cigüeña ha alimentado siempre á su anciana madre. Si me detengo en estas reflexiones lo hago porque la cigüeña es amada por los viajeros, pues como ellos «conoce las vestaciones en el cielo (3).» Estas aves fueron muchas veces fieles compañeras de mis escursiones en las soledades de América: las ví muchas veces posadas sobre los wigwam del salvaje; y al volver á hallarlas en otra especie de desierto, en las ruinas del Parténon, no he podido dejar de hablar de mis antiguas compañeras.

Al día siguiente 24, á las cuatro y media de la mañana subimos á la ciudadela; su estrechidad superior está circuida de murallas, medio antiguas y medio modernas; otras murallas rodeaban su base. En el espacio comprendido entre estas murallas, se encuentran primero los restos de los Propiléos y los del templo de la Victoria. (4) Detrás de los Propiléos, á la izquierda y hacia la ciudad se ve luego el Pandroseo y el doble templo de Neptuno-Erecteo y de Minerva-Polias; por último, en el punto mas culminante del Acrópolis se levanta el templo de Minerva; el resto del espacio está obstruido por los escombros de los edificios antiguos y nuevos, y por las tiendas, las armas y las barracas de los turcos.

El peñasco de la ciudadela tiene aproximadamente en su cima ochocientos piés de largo sobre cuatrocientos de ancho; su figura es casi la de un óvalo cuya elipse fuese estrechándose hacia el monte Himeto; parece un pedestal cortado con el intento de hacerle sustentar los magníficos edificios que lo coronaban.

No descenderé á la descripción detallada de cada monumento: remito, pues, al lector á las obras que he citado mas de una vez; y sin repetir aquí lo que todos pueden hallar en otra parte, me ceñiré á algunas consideraciones generales.

Lo que primero excita la curiosidad en los monumentos de Atenas es su hermoso color. En nuestros climas, bajo una atmósfera cargada de humo y lluvias, la piedra de mas puro blanco, tórnase en breve negra ó verdosa. El cielo despejado y el brillante sol de la Grecia son los únicos que pueden esparcir sobre el

(2) Véase, para la descripción de Atenas en general, casi todo el libro xv de los *Mártires*, y las notas.

(3) Jeremias,

(4) Este templo formaba el ala derecha de los Propiléos.

mármol de Paros y del Pentélico un matiz dorado semejante al de las espigas maduras ó al de las hojas en otoño.

La exactitud, la armonía y la sencillez de las proporciones atraen luego la admiración, pues no se ve orden sobre orden, columna sobre columna, cúpula sobre cúpula. El templo de Minerva, por ejemplo, es, ó por mejor decir, era un simple paralelogramo prolongado, adornado con un peristilo, y con un *pronaos* ó pórtico, que se elevaba sobre tres escalones que lo rodeaban. Este *pronaos* ocupaba casi la tercera parte de la longitud total del edificio; el interior se dividía en dos naves separadas por una pared, y que no recibían luz sino por la puerta; en una se veía la estatua de Minerva, obra de Fidias, y en la otra se guardaba el tesoro público de los atenienses. Las columnas del peristilo y del pórtico descansaban inmediatamente sobre los escalones del templo; no tenían bases, eran estriadas y pertenecían al orden dórico; su altura era de cuarenta y dos pies y cerca de diez y siete y medio cerca del suelo; el inter-columnio era de siete pies y cuatro pulgadas, y el todo del monumento tenía doscientos diez y ocho pies de largo y noventa y ocho de ancho.

Los triglifos del orden dórico marcaban el friso del peristilo; y unas metopas ó pequeños cuadros de mármol separaban entre sí los triglifos. Fidias ó sus discípulos habían esculpido en las metopas el combate de los Centauros y los Lapitas. Lo alto de la pared maestra del templo estaba también decorado con otro bajo-relieve que representaba tal vez la fiesta de los Panateneos. Algunos trozos de escultura esculentes, pero del siglo de Adriano, época de la renovación del arte, ocupaban los dos frontones del templo. Las ofrendas votivas, así como los escudos tomados al enemigo en el discurso de la guerra Médica, estaban colgados en la parte exterior; y se advierte aun la impresión circular de estos en el arquitrave del fronton que mira al monte Himeto. Esto hace sospechar á M. Fauvel que la entrada del templo podía hallarse hacia este lado, contra la opinión general, que la coloca á la estremidad opuesta. Entre estos escudos habíanse colocado algunas inscripciones, escritas con caracteres de bronce á juzgar por las señales de los clavos que los fijaban. M. Fauvel pensaba que estos clavos habían servido quizá para sostener guirnaldas; pero le he atraído á mi opinión haciéndole ver la disposición regular de los agujeros. Unas señales de este mismo género han bastado para restablecer y leer la inscripción de la Casa-Cuadrada en Nimes. Estoy convencido de que si los turcos lo permitiesen, se podría llegar también á descifrar las inscripciones del Parténon.

Tal era ese templo que ha pasado, con fundado motivo, como la obra maestra en la arquitectura entre los antiguos y los modernos; la armonía y la fuerza de todas sus partes se hacen notar aun en sus ruinas; porque sería formarse una idea harto mezquina de él si le creyese únicamente un monumento de agradable aspecto, pero reducido y recargado de cincelados y festones á usanza nuestra. Reina siempre cierta debilidad en nuestra arquitectura cuando aspiramos á la elegancia, ó cierta pesadez cuando intentamos revestirlos de magestad. Véase cuan bien calculado estaba todo en el Partenon. El orden dórico y la escasa altura de la columna en este orden, presenta al instante la idea de la duración y la solidez; pero esta columna, que además carece de base, sería muy pesada; para obviar este inconveniente, Ictino ha recurrido á su arte, haciendo estriada la columna, colocándola sobre una escalinata, é introduciendo por medio tan hábil casi toda la ligereza del orden corintio en la gravedad del dórico. Todo el adorno se reduce á dos frontones y á dos frisos esculpidos. El del peristilo se compone de unos cuadrados de mármol, regularmente divididos por un triglifos; cada uno de estos cuadros es una obra maestra;

el friso de una de las partes rodea cual una cinta la parte superior de una pared maciza y continuada; he aquí todo, absolutamente todo. ¡Cuánto se diferencia esta prudente economía de adornos y esta sabia reunión de sencillez, fuerza y elegancia, de nuestra sandía profusión de adornos en todas direcciones, de nuestras columnas de mal gusto, colocadas sobre enormes bases, ó de nuestros soportales ignobles y aplastados, que jactanciosamente llamamos *pórticos*!

No debemos ocultar que la arquitectura, considerada como arte, es en su principio eminentemente religiosa, pues fue inventada para el culto de la Divinidad. Los griegos, que tenían una multitud de dioses, imaginaron diferentes géneros de edificios, según las ideas que atribuían á los diferentes poderes de estos dioses. El mismo Vitruvio consagra dos capítulos á este hermoso asunto, y enseña cómo deben ser construidos los templos y los altares de Minerva, Hércules, Ceres, etc. Nosotros, que no adoramos sino un solo Arbitro de la naturaleza, no tenemos, hablando en rigor, sino una sola arquitectura natural: la arquitectura gótica. Conócese desde luego que este género es nuestro, original y contemporáneo, por decirlo así, de nuestros altares. En materia de arquitectura griega, solo somos unos imitadores mas ó menos ingeniosos; imitamos un trabajo cuyo principio desnaturalizamos, trasladando á las mansiones de los hombres una ornamentación que solo se adaptaba á la morada de los dioses.

Después de su armonía general, su íntima relación con los lugares, y especialmente su consonancia con los sabios á quienes estaban destinados, debe escitar la admiración en los edificios de la Grecia, pues es el resumen de todas las partes. El objeto que no ha sido destinado para ser visto, está trabajado con tanto esmero como las composiciones exteriores. La unión de los trozos que forman las columnas del templo de Minerva, es tan delicada que se necesita la mayor atención para descubrirla. Para llegar á esta rara perfección se daba al mármol su corte mas exacto con el cincel, y luego se hacía que las dos piezas rodasen una sobre otra, poniendo entre las dos superficies donde se verificaba el rozamiento, arena y agua. Los asentamientos llegaban, mediante este procedimiento, á un aplomo increíble; aplomo que en los diferentes trozos de columna, se determinaba por medio de una espiga cuadrada de madera de olivo. He visto una de estas espigas en manos de Mr. Fauvel.

Los rosetones, los plintos, las molduras, los astrágalos y todos los pormenores del edificio presentan la misma perfección; las líneas del capitel y de la estria de las columnas del Parténon son tan finas que pudiera creerse que la columna entera ha sido torneada; unos ligeros recortes en mármol no serían mas delicados que los adornos jónicos del templo de Erecteo; las cariátides del Pandroseo son modelos. Por último, si después de haber visto los monumentos de Roma, los de Francia me han parecido groseros, los de Roma me han parecido bárbaros después de haber examinado los de Grecia, sin exceptuar el Panteon, con su fronton desmesurado. Esta comparación puede hacerse fácilmente en Atenas, donde la arquitectura griega campea frecuentemente al lado de la romana.

Yo habia caído en el error común relativamente á los monumentos griegos, pues los creía perfectos en su conjunto, pero faltos de magnitud. He hecho ver que el genio de los arquitectos ha dado en magnitud proporcional á estos monumentos lo que puede faltarse de estension; y por otra parte, Atenas está llena de obras prodigiosas.

Los atenienses, pueblo tan rico y tan poco numeroso, han removido masas gigantescas; las piedras del Pnyx son verdaderas moles de granito; los Propileos formaban un trabajo inmenso, y las baldosas de mármol que los cubrían tenían una dimensión nunca vista; la altura de las columnas del templo de Júpiter-Olím-

pico, pasa tal vez de sesenta pies, y el templo tenía media milla de circunferencia; los muros de Atenas, comprendiendo en ellos sus tres puertos y las largas murallas, se estendían en un espacio de cerca de nueve leguas (1); las murallas que unían la ciudad con el Pireo eran bastante anchas para que dos carros pudiesen caminar por ellas de frente; y de cincuenta en cincuenta pasos estaban flanqueadas de torres cuadradas. Nunca elevaron los romanos unas fortificaciones tan formidables.

¿Por qué deplorable fatalidad estas obras maestras de la antigüedad, que los modernos van á admirar tan lejos y arrojando tantos trabajos, deben en parte su destrucción á los modernos (2)? El Parténon subsistió incólume hasta 1617: los cristianos lo convirtieron primero en iglesia, y los turcos, sus rivales, lo trocaron á su vez en mezquita. Muéstranse luego los venecianos, quienes, en medio de las luces del siglo xvii, no temieron cañonear los monumentos de Pericles; arrojaron balas rojas á los Propileos y al templo de Minerva; y cayendo una bomba sobre este, desplomó su bóveda, é incendiando unos barriles de pólvora, hizo saltar un templo que honraba menos los falsos dioses de la Grecia que el genio humano (3). Tomada la ciudad, Morosini, deseando embellecer á Venecia con los despojos de Atenas, quiso bajar las estatuas del fronton del Parténon y las rompió. Otro moderno, vino á consumar, en su indiscreto amor á las artes, la destrucción inaugurada por los venecianos (4).

He tenido ocasión de hablar de lord Elgin en este *Itinerario*; á él se debe, como ya he dicho, el mas exacto conocimiento del Pnyx; del sepulcro de Agame- non; él mantiene todavía en Grecia á un italiano encargado de dirigir las escavaciones, y descubrió, hallándose en Atenas, algunas antigüedades que no he visto (5). Pero lord Elgin perdió el mérito de sus loables empresas, al saquear el Parténon. Quiso hacer arrancar los bajos-relieves del friso; y para conseguirlo, algunos obreros turcos empezaron rompiendo el arquitrave y derribando los capiteles; luego, en lugar de hacer salir las metopas por sus ajustes, los bárbaros creyeron mas espedito romper la cornisa. En el templo de Erecteo fue arrancada la columna angular;

(1) Doscientos estadios, según Dion Crisostomo.

(2) Sabido es de qué manera fue destruido en Roma el Coliseo, y también se conoce el juego de palabras que resulta en latin entre los Barberini y los Bárbaros. Algunos historiadores creen que los caballeros de Rodas destruyeron el magnífico sepulcro de Mausolo; hicieronlo, es cierto, por acudir á la defensa de Rodas, y fortificar esta isla contra los turcos; pero si esto sirve de alguna excusa á los caballeros, la destrucción de tal maravilla no es menos lamentable para nosotros.

(3) La invención de las armas de fuego es también en alto grado funesta para las artes. Si los bárbaros hubiesen conocido la pólvora, no hubiera quedado en pie un solo edificio griego ó romano sobre el haz de la tierra; hubieran hecho saltar hasta las Pirámides, aun cuando no hubiese sido sino para buscar tesoros en ellas. Un año de guerra entre nosotros destruye mas monumentos que un siglo de combates entre los antiguos. Parece también que todo se opone entre modernos á la perfección del arte: sus países, sus costumbres, sus trajes, y hasta sus mismos descubrimientos.

(4) Habían situado una batería de seis cañones y cuatro morteros sobre el Pnyx. Parece increíble que á tan corta distancia no arrancaran todos los monumentos de la ciudadela. (Véase á Fanelli, *Atene Antica*, y la Introducción á este *Itinerario*.)

(5) Fueron descubiertas en un sepulcro, y creo que este era de un niño. Entre otras curiosidades se halló un juguete desconocido, cuya pieza principal consiste, á lo que recuerdo, en una esfera de acero bruñido. No sé si se hace mención de este juguete en *Ateneo*. La guerra que á la sazón existía entre la Francia y la Inglaterra, impidió á Mr. Fauvel dirigirse por mi conducto al agente de lord Elgin; así es que no vi aquellos antiguos juguetes que consolaban en la tumba á un niño ateniense.

de modo que es preciso sostener hoy con un informe monton de piedras el conjunto, que amenaza ruina.

Los ingleses que han visitado á Atenas después de lord Elgin, han lamentado estos funestos efectos de un impremeditado amor á las artes. Dícese que este lord alegó por disculpa que no habia hecho otra cosa que imitarlos. Es cierto que los franceses arrebataron á la Italia sus estatuas y sus cuadros; pero no han mutilado los templos para arrancarles los bajos-relieves; limitándose á seguir el ejemplo de los romanos, que despojaron la Grecia de las obras maestras de la pintura y la estatuaria. Los monumentos de Atenas, arrancados á los lugares para que fueron construidos, perderán no solo una parte de su hermosura relativa, sino que disminuirán materialmente en hermosura material. Solo la luz hace resaltar la delicadeza de ciertas líneas y de ciertos colores; pero faltando esa luz en el cielo de Inglaterra, estos colores y estas líneas desaparecerán ó quedarán ocultos. Por lo demás, confesaré que el interés de la Francia, la gloria de nuestra patria y otras mil razones podían exigir la traslación de los monumentos conquistados por nuestras armas; pero las Bellas-Artes, como pertenecientes al partido de los vencidos y al número de los cautivos, tienen el derecho de llorar su destierro.

Empleamos la mañana entera en visitar la ciudadela. Los turcos habian apoyado en otro tiempo el minarete de una mezquita en el pórtico del Parténon; subimos la escalera medio destruida del minarete, y sentándonos en una parte rota del friso del templo, paseamos en derredor nuestras ávidas miradas. Teníamos al Oriente el monte Himeto, al Norte el Pentélico, y el Parnés al Nordeste; los montes Icaro, Cordialo ó Egaleo al Poniente; y descollando sobre el primero, se veía la cima del Citeron; al Sudoeste y al Mediodía se veían el mar, el Pireo, las costas de Salamina, de Egina, de Epidaurio y la ciudadela de Corinto.

A nuestros pies, y en el espacio cuya circunferencia acabo de describir, distinguíanse las colinas y la mayor parte de los monumentos de Atenas: al Sudoeste la colina del Museo, con el sepulcro de Filopappo; á Occidente los peñascos del Areópago, del Pnyx y del Licabeto; al Norte el montecillo Anquesmo, y al Oriente las alturas que dominan el Estadio. Al mismo pie de la ciudadela veíanse las ruinas del teatro de Baco y de Herodes-Ático. A la izquierda de estas ruinas descollaban las altas y aisladas columnas del templo de Júpiter-Olímpico; mas allá, y dirigiéndose hacia el Nordeste, divisábanse el recinto del Liceo, la corriente del liso, el Estadio y un templo de Diana ó de Ceres. En la parte del Oeste y Noroeste, hacia el gran bosque de olivos, M. Fauvel me mostraba el lugar del Cerámico exterior, de la Academia y de su camino, rodeado de sepulcros. Finalmente, en el valle formado por el Anquesmo y la ciudadela, se descubría la ciudad moderna.

El lector debe figurarse todo este espacio, ya desnudo y cubierto de unos matorrales amarillos, ya poblado de unos bosquecillos de olivos, de plantíos de cebada de forma cuadrangular y de muchas viñas; debe representarse muchos fustes de columna y muchos remates de ruinas antiguas y modernas, saliendo de en medio de los plantíos; muchas paredes blancas y tapias de jardines que atravesaban los campos; debe imaginar, en la variada campiña, las albanesas que sacaban agua ó lavaban en los pozos las ropas de los turcos; los campesinos que iban y venían conduciendo sus asnos, ó llevando sobre su espalda las provisiones á la ciudad; debe suponer todas esas montañas cuyos nombres son tan hermosos, todas esas ruinas tan célebres, todas esas islas y todos esos mares, no menos famosos, iluminados con una luz brillante. He visto desde lo alto del Acrópolis levantarse el sol entre las crestas del Himeto; las cornejas que anidaban en derredor de la ciudadela, pero que nunca traspasaban su

cima, revoloteaban en nuestro derredor; sus alas negras y lustrosas se teñían de color de rosa á los primeros destellos del día; anchas columnas de humo azul y ligero subían en las sombras á lo largo de las faldas del Himeto, y anunciaban los parques donde libaban su miel las abejas; Atenas, el Acrópolis y los restos del Partéon se coloraban con los mas hermosos matices de la flor del melocotonero; las esculturas de

Fidias, heridas horizontalmente por un rayo de oro, se animaban y parecían moverse sobre el mármol, por la movilidad de las sombras del relieve; en lontananza, el mar y el Pireo se mostraban enteramente blancos, sumergidos en un océano de mágica luz; y la distante ciudadela de Corinto, reflejando el resplandor del nuevo día, brillaba en el horizonte del Occidente como una roca de púrpura y de fuego.



CHATEAUBRIAND VISITANDO LAS RUINAS DE ESPARTA.

Desde el lugar que ocupábamos hubiéramos podido ver en los días felices de Atenas á las flotas salir del Pireo para combatir al enemigo, ó dirigirse á las fiestas de Delos; hubiéramos podido oír espesarse en el teatro de Baco los dolores de Edipo, de Filoctetes y de Hécuba; hubiéramos podido oír los aplausos con que los ciudadanos acogían los discursos de Demóstenes. ¡Mas, ah! ningún eco llegaba á nuestros oídos.

El apagado murmullo de un populacho esclavo salía por intervalos de aquellos muros que repitieron durante tanto tiempo la poderosa voz de un pueblo libre. Para consolarme en medio de aquella inmensa desolacion, me decia lo que sin cesar debemos decirnos: Todo pasa, todo perece en este mundo. ¿Dónde son idos los genios divinos que erigieron el soberbio templo sobre cuyas ruinas estaba sentado?

Aquel sol, que alumbraba tal vez los últimos suspiros de la infeliz doncella de Megara, habia visto morir á la brillante Aspasia. Aquel cuadro del Ática, aquel espectáculo que admiraba, habian sido contemplados por unos ojos cerrados por la muerte hacia dos mil años. Yo pasaré tambien; y otros hombres, tan fugitivos como yo, vendrán á hacer las mismas refle-

xiones sobre las mismas ruinas. Nuestra vida y nuestro corazon están en manos de Dios; dejémosle, pues, disponer á su arbitrio de aquella y de este.

Al bajar de la ciudadela, tomé un fragmento de mármol del Partéon; tambien habia cogido otro de la piedra sepulcral de Agamemnon, y despues he tomado siempre algo de los monumentos por donde he



EL GABINETE DE MR. FAUVEL, CONSUL DE FRANCIA EN ATENAS.

pasado. Estos recuerdos de mis viajes no son tan hermosos como los que de los suyos llevaron M. de Choiseul y lord Elgin; pero me bastan. Conservo tambien con esmero las modestas pruebas de amistad que he recibido de mis huéspedes, y entre otras, un estuche

de hueso que el padre Muñoz me dió en Jafa. Cuando veo estas bagatelas, traigo al punto á la memoria mis escursiones y aventuras, y me digo: «Estaba en tal parte, y me sucedió tal cosa.» Ulises regresó á su hogar con grandes cofres henchidos de los ricos presentes

que le habían hecho los feacianos; yo he vuelto á mi casa con una docena de piedras de Esparta, de Atenas, de Argos y de Corinto, tres ó cuatro cabecitas de barro que me regaló M. Fauvel, algunos rosarios, una botella de agua del Jordán, otra del Mar Muerto, algunas cañas del Nilo, un mármol de Cartago y una moldura de yeso de la Alhambra. He gastado en mi camino cincuenta mil francos, y dejado como presentes mi ropa blanca y mis armas. Por poco que se hubiera prolongado mi viaje, hubiera vuelto á pié con un báculo blanco. Desgraciadamente, no hubiese encontrado al llegar un caritativo hermano que me dijese como el viejo de las *Mil y una Noches*: «Hermano mío, aquí tienes mil sequines; compra camellos y no viajes mas.»

Fuimos á comer al salir de la ciudadela, y en la tarde del mismo día nos trasladamos al estadio, á la orilla opuesta del liso. Este estadio conserva perfectamente su forma; pero ya no se ven los escalones de mármol con que lo había decorado Herodes Ático. El liso está seco; Chandler abandona con este motivo su natural moderación, y truena contra los poetas que dan al liso unas aguas transparentes, y ciñen, su corriente de frondosos sauces; pero á través de su mal humor se ve claramente que se propone desacreditar un dibujo de Leroi que representa un punto de vista del liso. Yo soy como el doctor Chandler: detesto las descripciones que carecen de verdad, y cuando un río no tiene agua, quiero que se diga sin rodeos. Ya se verá que no he embellecido las márgenes del Jordán ni lo he transformado en un río caudaloso. Yo me hallaba allí harto á mi placer para que me fuese necesario mentir. Todos los viajeros, y hasta la misma Escritura, hubieran justificado las mas pomposas descripciones; pero Chandler ha exagerado su mal humor. Hé aquí un hecho curioso de que tengo noticia por M. Fauvel: por poco que se escave en el cauce del liso, se encuentra agua á muy poca profundidad; este hecho es tan sabido de las aldeanas albanesas, que practican un agujero en la arena cuando quieren lavar, y al punto tienen agua. Es, pues, muy probable que el cauce del liso se ha ido obstruyendo con las piedras y las tierras que paulatinamente han ido bajando de las montañas vecinas, y que el agua corre ahora entre dos capas de arena. He aquí lo que basta para justificar á esos pobres poetas que tienen la suerte de Casandra: en vano cantan la verdad, porque nadie les da asenso; si se contentasen con decirlo, serian tal vez mas felices. Por otra parte, en este caso se ven apoyados en el testimonio de la historia, que concede agua al liso; ¿y por qué tendría un puente este río, si ni aun en invierno tuviese agua? La América me ha hecho algo descontentadizo en punto á ríos: pero no puedo dejar de vengar el honor del liso, que ha dado un sobrenombre á las Musas (1), y en cuya orilla Boreo robó á Oritia.

Al volver del liso, Mr. Fauvel me hizo pasar á unos terrenos vacíos, donde debe buscarse el lugar en que estuvo el Liceo. Visitamos luego unas grandes columnas aisladas, colocadas en el cuartel de la ciudad llamado la *Nueva Atenas* ó la *Atenas* del emperador Adriano. Espon asegura que son restos del pórtico de la Ciento-Veinte-Columnas; y Chandler sospecha que pertenecen al templo de Júpiter-Olímpico, de que Mr. Lechevalier y los demás viajeros han hablado. Estas columnas están bien representadas en las diferentes vistas de Atenas, y especialmente en la obra de Estuart, que restableció todo el edificio, ateniéndose á sus ruinas. Sobre una parte del arquitrave que une aun dos de sus columnas, se ve una barraca, antigua habitación de un ermitaño.

Es imposible concebir cómo pudo ser construida esta barraca sobre el capitel de aquellas prodigiosas

(1) Ilisadas: tenían un altar en la margen del río.

columnas, cuya altura es tal vez de mas de sesenta piés. Así, aquel vasto templo, en cuya fábrica trabajaron los atenienses por espacio de mas de siete siglos, que todos los reyes del Asia intentaron concluir, y al que Adriano, señor del mundo, tuvo la gloria de dar cima, sucumbió al esfuerzo del tiempo, y la celda de un solitario ha subsistido en pié sobre sus ruinas. Una miserable vivienda de yeso se ve sostenida en los aires por dos columnas de mármol, como si la fortuna hubiese querido esponer á los ojos de todo el mundo sobre aquel magnífico pedestal un monumento de sus triunfos y caprichos.

Estas columnas, aunque mucho mas altas que las del Parténon, están muy lejos de ser tan hermosas: la degeneración del arte se hace sentir en ellas; pero como están aisladas y dispersas en un terreno desnudo, producen un efecto sorprendente. Detúveme á su pié para oír al viento silbar sobre sus capiteles; asemejábanse á las solitarias palmeras que se ven aquí y acullá entre las ruinas de Alejandria. Cuando los turcos se ven amenazados de alguna calamidad, llevan un cordero á aquel lugar y le obligan á balar, dirigiéndole la cabeza hácia el cielo; pues no pudiendo hallar entre los hombres la voz de la inocencia, han recurrido al tierno hijo de la oveja, para que aplaque la cólera del cielo. Entramos en Atenas por el pórtico sobre que se lee la tan conocida inscripción:

AQUI ESTÁ LA CIUDAD DE ADRIANO,
Y NO LA CIUDAD DE TESEO.

Fuimos á devolver á Mr. Roque la visita que me había hecho, y pasamos parte de la noche en su casa, donde ví á algunas mujeres. Los lectores que deseen saber el traje, las costumbres y los usos de las mujeres turcas, griegas y albanesas en Atenas, pueden leer el capítulo vigésimo-sesto del *Viaje á Grecia* de Chandler. Si no fuese tan largo, lo hubiera trasladado, integro en este lugar. Me limitaré, pues, á decir que las atenienses me han parecido menos altas y hermosas que las moraitas. La costumbre de pintarse de azul la órbita de sus ojos, y las yemas de sus dedos de encarnado, produce un efecto desagradable en un extranjero; pero como yo había visto muchas mujeres con perlas en la nariz, y que esto parecía muy elegante á los iroqueses, y que yo mismo me había sentido inclinado en favor de esta moda, no disputaré en lo relativo á gustos. Por lo demás, las mujeres de Atenas nunca gozaron de celebridad por su hermosura. Acusábanse de ser aficionadas al vino. La prueba de que su imperio no tenía mucho poder, es que casi todos los hombres célebres de Atenas Pericles, Sófocles, Sócrates, Aristóteles y hasta el divino Platon, se unieron con mujeres extranjeras.

El 25 montamos á caballo muy de madrugada, y saliendo de la ciudad tomamos el camino de Falerio. Al acercarse al mar, el terreno se eleva y termina en unas alturas, cuyas sinuosidades forman á Oriente y Occidente los puertos de Falerio, Muniquio y el Pireo. En las ruinas de Falerio descubrimos los cimientos de las murallas que cerraban el puerto, y algunas otras ruinas enteramente desfiguradas, que eran tal vez las de los templos de Juno y Ceres. Aristides tenía su reducida heredad y su sepulcro no lejos de allí. Bajamos al puerto, que es una especie de estanque redondo, donde el mar descansa tranquilo sobre una arena fina, y donde podrian abrigarse hasta cincuenta naves, número exacto de las que Menesteo condujo á Troya. Teseo partió tambien de Falerio para ir á Creta:

Pourquoi, trop jeune encor, ne pûtes-vous alors
Entrer dans le vaisseau qui le mit sur nos bords?
Par vous aurait péri le monstre de la Crete, etc.

No son siempre los grandes bajeles y los grandes puertos los que dan la inmortalidad: Homero y Racine

no dejarán morir el nombre de una pequeña bahía y de una pequeña barca.

Del puerto de Falerio llegamos al de Muniquio, de forma oval y un poco mayor que el primero. Por último, doblamos la estremidad de una colina pedregosa; y caminando de cabo en cabo, nos acercamos al Pireo. Mr. Fauvel me detuvo en la curvatura que forma una lengua de tierra, para mostrarme un sepulcro abierto en la peña, ya sin bóveda, y al nivel del mar. Las olas, con sus movimientos regulares, lo cubren y descubren, y se llena y se vacía alternativamente. A pocos pasos de allí se ven en la orilla las ruinas de un monumento.

Mr. Fauvel quiere que este sea el lugar donde fueron depositados los huesos de Temístocles. Pero se le pone en tela de juicio este interesante descubrimiento, objetándole que las ruinas dispersas en las inmediaciones son demasiado hermosas para ser los restos del sepulcro de Temístocles. En efecto, según el geógrafo Diodoro, citado por Plutarco, este sepulcro era un altar.

Esta objeción es poco sólida. ¿Por qué se quiere hacer entrar en la cuestión primitiva, otra estraña al objeto de que se trata? Las ruinas de mármol blanco que se presentan como una dificultad, ¿no pueden haber pertenecido á un sepulcro del todo diferente del de Temístocles? ¿Por qué al aplacar las discordias, los descendientes de este no adornarian el sepulcro de su ilustre antepasado, que habían enterrado modestamente ó aun en secreto, como dice Tucídides? ¿No consagraron un cuadro que representaba la historia de este hombre célebre? Y este cuadro, del tiempo de Pausanias, no se veia públicamente en el Parténon? Temístocles tenía además una estatua en el Pritaneo.

El lugar donde Mr. Fauvel halló este sepulcro es precisamente el cabo Alcimo, y voy á presentar una prueba mas fuerte que la de la tranquilidad del agua en aquel lugar. Hay una errata en Plutarco: debe leerse Alimo en lugar de Alcimo, según la observación de Meursio, reproducida por Dacier. Alimo era un *démos* ó burgo de la tribu de Leóntida, situada al Oriente del Pireo; las ruinas de este burgo son visibles todavía en las inmediaciones del sepulcro de que hablamos (1). Pausanias aparece algo confuso en lo que dice relativamente á la situación de este sepulcro. Pero Diodoro Perigeto se muestra muy explícito, y los versos de Platon el cómico, aducidos por este Diodoro, designan terminantemente el lugar y el sepulcro encontrados por Mr. Fauvel.

«Situado en un lugar descubierta, tu sepulcro es saludado por los marineros que entran ó salen del puerto; y si se da algun combate naval, tu serás testigo del choque de los bajeles.»

Si Chandler se admiró de la soledad del Pireo, puedo asegurar que mi admiración no fue menor que la suya. Habíamos dado la vuelta á una costa desierta: habíamos visto tres puertos, y en ellos ni una sola barca. El único espectáculo que á nuestros ojos se había ofrecido eran las ruinas, los peñascos y el mar; el único rumor que había llegado á nuestros oídos eran los chillidos de los alciones y el sordo murmullo de las olas, que al estrellarse en el sepulcro de Temístocles, hacian salir un eterno gemido de la mansion del eterno silencio. Arrebatadas por las olas, las cenizas del vencedor de Jerjes, descansaban en el fondo de las mismas olas confundidas con las osamentas de los persas. En vano buscaba con ávidos ojos el templo de Venus, la dilatada galería y la estatua simbólica que representaba el pueblo de Atenas; pero la imagen de este pueblo inexorable había caído para siempre cerca del pozo á donde los ciudadanos desterrados iban á reclamar inútilmente su patria. En lugar de aquellos soberbios arsenales, de aquellos pórticos á donde se re-

(1) No quiero ocultar ninguna dificultad, y sé que muchos colocan á Alimo al Oriente de Falerio. Tucídides era de Alimo.

tiraban las galeras; de aquellos Agoræ que resonaban con la voz de los marineros; de aquellos edificios que representaban en su conjunto el aspecto y la hermosura de la ciudad de Rodas, no veia otra cosa que un convento desmantelado y un almacén. Triste centinela de la costa y modelo de una paciencia estúpida, un aduanero turco está sentado allí todo el año en una miserable barraca de madera, trascurriendo meses enteros sin que vea llegar una embarcación. ¡Tal es el deplorable estado en que se encuentran en la actualidad esos puertos, un día tan famosos! ¿Quién puede haber destruido tantos monumentos de los dioses y de los hombres? Esa fuerza oculta que derriba todo, y que está sometida al dios desconocido cuyo altar había visto San Pablo en Falerio: *Deo ignito*.

El puerto del Pireo describe un arco, cuyas dos puntas dejan al acercarse, un estrecho paso; llámase en la actualidad el *Puerto-Leon*, merced á un león de mármol que en él se veia, y que Morosini hizo trasladar á Venecia en 1686. Tres grandes estanques, el Cántaro, el Afrodiso y el Zea, dividian el puerto interiormente. Aun se ve una dársena medio inundada, que pudiera muy bien ser el Afrodiso. Estrabon asegura que el gran puerto de los atenienses era capaz de contener cuatrocientos bajeles, y Plinio hace subir este número hasta mil. Cincuenta barcas de mediana construcción le llenarian por entero, y no sé si dos fragatas fondearian con algun desahogo, especialmente en la actualidad, en que se ancla en una gran extensión de cable. Pero el agua es profunda, el fondeadero seguro, y el Pireo pudiera llegar á ser un puerto importante en manos de una nación civilizada. Por lo demás, el único almacén que allí se ve en el día es de origen francés; habiendo sido, según creo, edificado por Mr. Gaspari, antiguo cónsul de Francia en Atenas. Así, pues, no há mucho tiempo que los atenienses estaban representados en el Pireo por el pueblo que mas se les asemeja.

Después de haber tomado un breve descanso en el monasterio de San Espiridion, volvimos á Atenas por el camino del Pireo, viendo en todas partes restos de la antigua muralla. Pasamos luego al sepulcro de la amazona Antiope, que Mr. Fauvel ha descubierto: trabajo de que ha hecho mención en sus Memorias. Caminábamos á través de dilatadas viñas como en Borgoña, y los racimos empezaban ya á madurar. Nos detuvimos en las cisternas públicas, á la sombra de unos olivos, y tuve el desconsuelo de ver que el sepulcro de Menandro, el cenotáfio de Eurípides, y el pequeño templo dedicado á Sócrates no existian; por lo menos, hasta el día no han sido hallados. Proseguimos nuestro camino, y al acercarnos al Museo, Mr. Fauvel me hizo reparar un sendero que subia serpenteando por la pendiente de esta colina, y me dijo que este sendero había sido dibujado por el pintor ruso que iba diariamente á tomar vistas de Atenas al mismo punto. Si, como dice Buffon, el genio no es otra cosa que la paciencia, este pintor debe tener mucho.

Hay aproximadamente cuatro millas desde Atenas á Falerio; tres ó cuatro desde este punto al Pireo, siguiendo las sinuosidades de la costa; y cinco desde el Pireo á Atenas; por lo tanto, al volver á esta ciudad, habíamos andado doce millas, ó sean cuatro leguas.

Como habíamos alquilado los caballos por todo el día, nos dimos prisa en comer, y emprendimos de nuevo nuestras correrías á las cuatro de la tarde.

Salimos de Atenas por el lado del monte Himeto; mi huésped me condujo á la aldea de Angelo-Kipous, donde cree haber hallado el templo de la Venus de los Jardines, por las razones que acerca de esto aduce en sus Memorias; la opinión de Chandler, que coloca este templo en Panagia-Espilotissa, es igualmente muy probable, pues tiene en su apoyo la autoridad de una inscripción. Pero Mr. Fauvel aduce en corroboración de su dictámen, dos antiguos mirtos y unos hermosos restos